



TUCUMÁN

# VIOLETA EN EL ESPEJO

ELISA DE LOS ÁNGELES VILLORIA

# HOMBRES COMO PÁJAROS

ALICIA SANT TOCHÓN

Tucumán  
con todas las letras



**Presidenta de la Nación**

Dra. Cristina Fernández de Kirchner

**Ministro de Educación de la Nación**

Prof. Alberto Sileoni

**Secretaría de Educación de la Nación**

Prof. María Inés Abrile de Vollmer



**Directora del Plan Nacional de Lectura**

Margarita Eggers Lan

**Coordinadora Región 5 (NOA)**

Adriana del Vitto

adelvitto2005@yahoo.com.ar

**Gobernador de la Prov. de Tucumán**

CPN José Jorge Alperovich

**Ministra de Educación**

Lic. Silvia Rojkés de Temkin

**Secretaria de Estado de Gestión Educativa**

Prof. María Silvia Ojeda

**Directora de Asistencia Técnico Pedagógica**

Prof. Graciela Beatriz Aldonate

---

“Violeta en el espejo”, de Elisa de los Ángeles Villoria

© Elisa de los Ángeles Villoria

“Hombres como pájaros”, de Alicia Sant Tochón

© Alicia Sant Tochón

**Diseño de tapa y colección:** Plan Nacional de Lectura 2011

**Colección:** Tucumán con todas las letras

**Ministerio de Educación de la Nación**

Secretaría de Educación

Plan Nacional de Lectura 2011

Pizzurno 935 (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires

Tel: (011) 4129-1075/1127

planlectura@me.gov.ar - www.planlectura.educ.ar

República Argentina, 2011

# VIOLETA EN EL ESPEJO

**ELISA DE LOS ÁNGELES VILLORIA**

**Q**uieta, muy quieta, en silencio y a oscuras, esperaba. “... vos no te imaginás qué día; ese viejo que se cree dueño de uno por el sueldo que paga..., la tarde parecía que no iba a terminar, y esas rubias que entraron a última hora... y encima con pretensiones de clientas preferenciales ¡¡... No, esa tienda no es para mí, ay! si...”. Ansiosa, las manos frías. Pronto todos dormirían.

“...y cuando me di cuenta de lo tarde que era, ya no pude cocinar otra cosa que estos fideos y... Bueno, vos sabés que esto tampoco es para mí, cocinar es casi tan tortuoso como trabajar con ese viejo... Pero no, no te pongas a preparar nada, si vos también recién llegás, con estos fideítos basta...”.

Era la hora que más esperaba. Casi ya la medianoche, cuando la casa callaba. “... por eso no tengo ganas ni de hablar; ¿la tele? No, mejor dormimos, que fue un día largo y mañana será otro... Mañana me contás lo de ese caso que atendiste... mañana”.

Estaba segura de no soportar la charla de Ernesto, él y sus pacientes, él y su entusiasmo, él y su vitalidad. No lo soportaría. Solo quería silencio para... Entonces, cuando solo la oscuridad y el silencio podrían reconocerla, Violeta se levantaba y como un suspiro atravesaba ese dormitorio a oscuras y sofocante buscando la sala y el espejo, la sala y su música, la sala y su luz, la sala y su brisa, aunque decir música, luz, brisa, era lo mismo que decir la sala y el espejo.

“... pero no, te digo que fue un día feo; no, ayer no te dije lo mismo, ayer me dolían tanto las piernas, vos sabés que estoy parada todo el día. Bueno, pero Ernesto, no seas cargoso... Bueno, Ernesto, no te enojés... Mañana quizás, bueno, un beso sí te doy... ya, bueno...”.



Frente al espejo de la sala, Violeta se transformaba. Se hundía en el reflejo de esos ojos grises que hasta minutos antes habían estado apagados. Ahí nacía Violeta; una a una las ataduras se iban soltando; esos pinches que parecían agujerear hasta el alma cedían, era como tomar un té de tilo y comenzar a sentir, de a poquito, la relajante sensación del sueño que llega, aunque para Violeta, el sueño tenía el sabor de vida. En el reflejo, Violeta iniciaba un diálogo de silencios. Alguna vez pensó que esos encuentros a solas en el espejo eran como una terapia, allí tenía libertad para desgranar sus sueños, sus vidas no vividas; imaginaba o inventaba o revivía o no sabía en realidad qué, pero allí, frente a aquel espejo, era Violeta, pero Violeta la del espejo.

Entornaba los párpados, sentía que las manos ya no estaban frías y en cambio un calor, un ardor, comenzaba a recorrer sus venas, como inyectándole sangre y vida. Hasta casi podría decir que respiraba igual que cuando Ernesto, posesionado, le relataba cómo había salvado a esa mujer y con las manos y los ojos y las fosas nasales bien abiertas le dibujaba en las palabras cada escena. Así se sentía allí, frente a ese espejo que la escuchaba, que la animaba, que la abrazaba, que la mimaba, que la contenía. Allí no debía dar explicaciones de su pereza permanente, allí no había manos que la buscaban y que solo despertaban en ella deseos de alejarse. Violeta del espejo podía huir de la tienda y de las miradas libidinosas de ese viejo que se creía un don Juan y era un don nadie. Violeta frente al espejo ensayaba gestos y tonos, poses y miradas. Seducía, gustaba, o al menos así se sentía y lo disfrutaba. Violeta frente al espejo despejaba sus miedos, sus frustraciones, sus angustias.

Allí era libre de ser y para ser.

Allí, frente al espejo, era como estar siempre pronta a rodar la película de su vida. Pero de su verdadera vida. Porque la otra, esa no era vida. Esa era la rutina de los chicos que peleaban todo el día, que no le obedecían, que desordenaban esa casa enorme (porque así la había elegido Ernesto, no ella, claro estaba), era el escuchar las proezas del doctor Ernesto de cada día, era... No era vida.

Frente al espejo, reclinada en la hamaca de mimbre, entornados los ojos, casi podía sentir las luces, el nerviosismo, las últimas indicaciones: ¡Se rueda! ¡La película de Violeta! Violeta con mayúsculas.

“...no sabés cómo estaba mi mamá hoy. Que Dios me dé paciencia. Cada día un dolor diferente, una queja nueva... Si ella hiciera todo lo que yo durante el día...”.



La madre de Violeta, ¿en qué habría pensado al ponerle ese nombre? Seguro que en la mujercita gris a la que no le gustaba cocinar que era ella...

Violeta era nombre de mundo, de arte, de glamour. Violeta era nombre con aroma a mundos nuevos, prontos a ser visitados, Violeta era nombre que provocaba susurros de enamorados en algún oído.

Pero su nombre tenía estos significados solo cuando cerraba la tapa del diario vivir, ahí llegaba Violeta frente al espejo. "... sí, claro, vos sí podés ir al partido el domingo... total la que se tiene que aguantar la sobremesa con tu familia, soy yo...".

"... vos no entendés nada, cuando digo que me gustaría hacer algo diferente en la noche del sábado... no es lo que rápido pensás... yo decía de pasear por el centro, ir al cine quizás... qué sé yo... hace tanto tiempo... Sí, claro, vos salís todos los días, ya sé que a trabajar, yo también lo hago o ¿te olvidás?... pero hablo de pasear... del brazo... como cuando éramos novios... ¿Te acordás aún, Ernesto? ¡¡¡Ernesto, me escuchás a mí o al bendito partido !!!".

Esa noche Violeta había no solo soñado frente al espejo, había llorado todas sus tristezas juntas. Esa noche de cumpleaños, después del ajetreo de las tías viejas, que besan dejando el olor a desinfectante de dentadura postiza, de los chicos que derraman la gaseosa dejando todo pegoteado, del regalo de "Todo por 2 pesos" de la cuñada, esa noche de cumpleaños con guardia incluida de Ernesto en el hospital ("Me lo pidió el Dr. Garay, vos sabés que él me consigue siempre las invitaciones a los Congresos, no le podía decir que no, Viole, entendeme... Te voy a llamar a cada ratito, pero... si se puede festejar antes o después, lo importante es poder festejarlo... no? No, no es un chiste de médico...") tenía lastimada la esperanza, tenía débil el alma, sentía que cada vez más la rutina la acorralaba; eran manos huesudas que se alargaban, se acercaban, la querían tironear, las veía con ese color indefinido, las sentía con ese olor a naftalina, a moho, a guardado.

Esa noche frente al espejo Violeta, más que nunca, hilaba sueños, dibujaba rutas, componía diálogos, abría puertas, necesitaba sacudir no la cabeza sino el alma de tanta cosa repetida, rumiada, conocida pero no gustada, no disfrutada, no saboreada. Esa noche las lágrimas eran de ella, no del reflejo, porque las del reflejo (cuando las tenía) eran lágrimas de princesa enamorada, de despedida de cine, de artista premiada, estas eran de agua, calientes... de la mujer callada, gris, aburrida, peleada con la vida.

En cada una de esas lágrimas dejó escapar un deseo, y cuando acababan entre los labios, las mordía con fuerza como queriendo comerse esos deseos, incorporarlos a su cuerpo, forzándolos a volverse realidad.

El despertador la fastidió. Seguramente se habría acostado muy tarde y ahora sentía las consecuencias. No recordaba en qué momento había abandonado la sala y su reflejo en el espejo. Escuchó la ducha, ¿a qué hora habrá regresado Ernesto de la guardia? (Seguramente habrá pensado: “Mi querida Viole, se durmió esperándome en la sala...”). Sintió el olor del café ya listo. No se levantaría aún (“... sabe hacer café mejor que yo...”). Prefería fingirse dormida hasta que él saliera. Al quedarse sola, desayunaría. Era su día libre. Venía bien, necesitaba recuperarse después de una noche larga y triste.

“¡Violeta! ¡Viole!... ¿Dónde estás? ¿No era que dormirías hasta tarde hoy?, ¡Violeta!”.

“Si será tonto. ¿Dónde voy a estar sino en la cama? No pretenderá ahora, a esta hora, que le cuente de la fiesta... ¡Fiesta! Mejor finjo seguir dormida...”.

El pánico se apoderó de ella al abrir los ojos.

El pánico la dejó sin habla.

El pánico le hizo latir el corazón hasta en la sien.

A mil.

No pudo emitir palabra.

Ni cuando su esposo se acomodó la corbata frente a sus ojos, frente al espejo... sin verla..., Violeta pudo articular palabra.



# HOMBRES COMO PÁJAROS

**ALICIA SANT TOCHÓN**

**E**l día que Nina cumplió dieciocho, llovió a cántaros. La lluvia trajo consigo malos presagios: la madre sentenció que su hija lloraría de amor toda la vida y el padre (que sabía de amores sólo por lo que le habían contado) aseguró que el dinero en manos de Nina se escurriría como el agua por las canaletas.

La chica se decidió a esperar esos días aciagos sin siquiera maldecirlos, y como todas las tardes, se fue a La Ideal a tomar el té con sus amigas que salían de la oficina a las cuatro en punto. La confitería de la calle Suipacha era un mundo de mármol, cristal y oro en donde se reunían a conversar sobre vidas ajenas y sueños propios, mientras volaban con los acordes que toca la orquesta de señoritas.

Nina lo vio entrar acompañado por una mujer sencilla, enfundada en un trajecito azul. La mesa de enfrente estaba vacía, el hombre retiró la silla para que la mujer se sentara y sacándose el sombrero se acomodó a la par. Nina dejó de escuchar a las amigas que estaban organizando la despedida de soltera de Martita, que se haría ahí mismo el sábado siguiente, para seguir con la mirada las manos del hombre que acababa de sentarse.

Las manos, grandes y finas, seguían el compás de la música agitándose como alas de paloma y Nina habría jurado, si alguien se lo preguntaba, que eran las más suaves y cálidas que un señor jamás haya tenido.

La orquesta se calló un momento y sus miradas se encontraron, el hombre le hizo un guiño y Nina se sintió tan perturbada que no pudo sostenerle la mirada ni por un segundo. La mujer que lo acompañaba estaba absorta en el té con masas, la chica esperó que no se hubiera dado por enterada de lo que acababa de suceder y volvió a la charla de sus amigas que seguían entusiasmadas con sus vidas y sus deseos. No le duró mucho, las manos volvieron a moverse hipnóticas con el siguiente acorde y Nina se sintió morir de amor por el dueño de esas alas, que acariciarían como brisa leve.

Las amigas la vieron perturbada, pero pensaron que tal vez estaba incómoda con los preparativos de la boda de Martita, porque de todas, Nina era la única sin novio, y no había pretendiente que la entusiasmara.

El hombre se levantó y salió de la confitería llevando a la mujer por la cintura. Nina se encendió, deseó hacerse vapor para meterse entre las ropas de él, bajo su sombrero, anudarse al cordón de sus zapatos, todo para no perderlo, para volver a verlo.

Volvió a buscarlo en La Ideal al otro día y todas las tardes que le siguieron a esa, por las mañanas lo buscaba por el centro, los sábados y domingos por los bosques de Palermo, nunca se cruzó ni con su sombra y lo estuvo lamentando en silencio hasta el momento en que se casó Laura.

Laura era la última de las amigas solteras que le quedaban. A su fiesta fue Demetrio, un hombre alto y garboso, que ponía para bailar el tango la misma pasión con que lo bailaba Nina. Todos opinaron que eran el uno para el otro y terminaron casándose a los pocos meses, sin conocerse demasiado.

Se fueron a vivir a un departamentito ruinoso de San Telmo. Demetrio vivía ocupado en asuntos de los que nadie sabía y era de quedarse hasta tarde con los amigos en los cafetines en penumbra. Por las mañanas, bien engomina-do y oliendo a loción, guardaba el mazo de cartas en el bolsillo interior de su traje de buen corte y se iba sin saludar. Nina pasaba las tardes haciendo labores en la casa de sus padres, que se enfermaron y se murieron, todo en un par de años, que a ella le parecieron una eternidad. El matrimonio se fue a vivir a la casa paterna, que había quedado vacía.

El día en que retiraron del banco el último centavo que ella había heredado, dejaron de vivir juntos. Ese mismo día, Demetrio le confesó que se iba, la abandonaba por una rubia platinada que estaba en vísperas de ser famosa porque había salido en la tapa de la revista Antena.

Nina ni siquiera lo extrañó, se consiguió un trabajo de oficinista y con sus amigas nuevas volvió a tomar el té todas las tardes en La Ideal.

No fue mucho tiempo después, cuando en lo mejor de la tertulia, vio entrar a la confitería al hombre manos de palomas con la misma mujer de hacía años. La mujer traía un traje parecido al que ella recordaba pero se veía bastante más vieja y repintada. Él estaba igual, los años sin verlo no habían hecho más que conservarlo intacto para ella, se encendió como en aquel



entonces y se prometió que esa vez no lo perdería.

La orquesta de señoritas arremetió con los acordes alegres de un vals vienés, las manos del hombre comenzaron a volar sin pudor al ritmo de la música. Nina las seguía enamorándose de lo delicado de sus movimientos y cuando sus miradas se cruzaron, fue ella la que hizo el guiño. El hombre no se sorprendió y siguieron mirándose divertidos el resto de la tarde. La mujer que lo acompañaba estaba tan concentrada en el té con masas que nada parecía importarle, ni siquiera la música.

Nina le mandó con el mozo un papelito con su dirección y teléfono. Él lo recibió y lo guardó sin leerlo, mientras la mujer seguía comiendo sin perturbarse. Cuando se comió todas las masas que quedaban en la bandeja, se levantaron y salieron caminando despacio entre las mesas, y ya en la puerta, se los tragó la luz de la tarde que terminaba.

Los días que le siguieron al reencuentro, Nina estuvo como encrespada. El ruido del ascensor que llegaba, el teléfono que sonaba, el timbre de la puerta, la campana del tranvía, las bocinas de los autos, todo era para ella: para que atendiera, para que se diera vuelta, para que abriera, para que bajara o para que subiera. Se puso peor cuando lo vio. Estaba parado en la puerta de su departamento, con sus manos preciosas en los bolsillos, sonrió cuando vio que era ella la que bajaba del ascensor. Nina lo dejó pasar a su casa como quien espera a alguien que amó toda la vida y le sirvió la cena para dos que había dejado lista antes de irse a la oficina.

Consiguió de sus manos todo lo que había soñado; y de su cuerpo y de sus palabras y de sus susurros y de sus gestos. Él se quedó hasta que ella le arrancó la promesa de que volvería pronto y lo dejó ir con un demorado beso en la boca.

José entraba y salía, a su antojo, tanto de su cama como de su vida. Una vez le contó que la mujer del traje era la suya desde hacia infinidad de años, que no habían podido tener hijos por mucho que lo habían deseado, y que lo que más le gustaba de todo lo que tenía, era su trabajo de viajante de jabones que lo llevaba y traía por todo el país el año redondo, que la música lo apasionaba y que ella nunca sería para él más de lo que era: su amante, sin compromisos.

Nina aceptó de él hasta lo que no le gustaba, hasta lo que no quería y dejaba



preparada la cena para dos por si acaso él volviera esa noche y le hiciera creer que se iba a quedar para siempre. Fue por eso que pensó que deliraba o que ella había escuchado mal, cuando José le propuso irse a vivir juntos a una ciudad del Interior, donde tenía negocios que controlar de cerca. Se le puso el cuerpo como lleno de aire, la felicidad estaba por donde ella mirara y así fue como flotando dejó su Buenos Aires, bullicioso y lleno de gente, su casa con todas las cosas, para irse a vivir al norte, a una ciudad pequeña, casi vacía y caliente, en la pensión de unos alemanes del Volga que se habían escapado de la guerra con lo puesto.

Acomodó su vida a las estrecheces de lugar y de dinero; mientras José iba y volvía con sus jabones, ella esperaba paciente que regresara, envuelta en la esperanza de tener su propia casa, su lugar, su familia.

Ninguno de los dos se dio cuenta del momento en que los deseos se volvieron reclamos y las charlas amorosas se transformaron en discusiones ásperas, en callejones sin salida. Ninguno de los dos se dio cuenta tampoco del justo momento en que las manos aladas del hombre se convirtieron en puños que dejaban huellas moradas y eternas, en látigos que atravesaban la cara de ella en cuanto se atrevía a contradecirlo. Nina descubrió que ya no había motivos para amarlo. Al siguiente viaje de José, le preparó las valijas, le acomodó prolijamente todas sus cosas, le guardó con esmero hasta lo poco que él le había regalado y se fue de la pensión.

Él se enteró después de muchísimos años que Nina todavía vivía en esa ciudad pequeña y caliente, y que de todas las cosas que le habría guardado en la valija que él recogió de la pensión sin siquiera preguntar por ella, faltaba la prenda más importante: la noticia de que Nina iba a tener a su hija la siguiente primavera. Como no tuvo el valor de ir a buscarlas, prefirió el silencio amargo de la cobardía.

Nina lloró por años la vida que dio por perdida por culpa de la lluvia. Hasta el día en que su hija cumplió dieciocho. El día amaneció tan diáfano que en el horizonte se podía mirar hasta el futuro. No se veían tormentas ni vendavales, ni hombres como pájaros, ni almas en pena. Tuvo el buen presagio de que su hija no lloraría de amor jamás, no señor, ni una gota.



## **ELISA DE LOS ÁNGELES VILLORIA**

---

Elisa de los Ángeles Villoria es Licenciada en Historia y docente en el nivel secundario y universitario de la provincia de Tucumán. Se considera actualmente una principiante, sin formación y trayectoria literaria profesional. Escribe cuentos cortos que comparte con un grupo íntimo de amigos.

Sus historias cortas tienen en común una mirada intimista sobre las relaciones personales y sobre los anhelos que todos guardamos y que no siempre alcanzamos.

El presente relato recibió el 2º Premio en Narrativa - Cuento en el Concurso Tucumán con todas las letras 2009, organizado por el Programa Tucumán en tiempo de lectura del Plan Nacional de Lectura.

Mail: [elisavilloria@gmail.com](mailto:elisavilloria@gmail.com).

## **ALICIA SANT TOCHÓN**

---

Alicia Sant Tochón piensa que es ardua esta tarea de decirse a quien nunca la vio y de contarle que lo que acaba de leer, escrito de su puño, salió de una mujer que tiene una vida persiguiendo sueños, que ama lo bueno y lo bello, que puede ser tan simple o tan extravagante como cualquiera y que ha conseguido por el amor a alguien, concebir cinco hijos, tener hasta ahora dos nietos y unas ganas permanentes, por ella y por ellos, de poner en el papel todo lo que se imagina, esas historias ciertas e inciertas que la acompañaron toda la vida.

Algunas de esas historias, escritas siempre en forma de cuentos cortos, ya andan volando solas por ahí, en medio de otras antologías.

El presente cuento recibió 3ª Mención Especial en Narrativa en el Concurso Tucumán con todas las letras 2009, organizado por Programa Tucumán en tiempo de lectura del Plan Nacional de Lectura.

Mail: [aliciasanttochon@hotmail.com](mailto:aliciasanttochon@hotmail.com).





Ministerio de  
**Educación**  
Presidencia de la Nación

PLAN NACIONAL  
DE LECTURA



PROGRAMA EDUCATIVO NACIONAL  
PARA EL MEJORAMIENTO DE LA LECTURA



**TUCUMÁN**